

La ventaja que no se mina: el liderazgo que puede darle voz propia a América Latina

Carlos Arcila Barrera, CFA, CAIA, SCR

Colombia – II Edición

El mundo dejó atrás una etapa de complacencia financiera y vuelve a moverse bajo restricciones tangibles: cadenas de suministro que se vuelven estratégicas, un costo de capital más exigente y gobiernos que redescubren que la seguridad energética, tecnológica y alimentaria es parte central de su política económica. En este nuevo orden, América Latina enfrenta una disyuntiva clara y es seguir siendo un proveedor intermitente de materias primas o consolidarse como un socio estratégico indispensable. La respuesta a qué rol puede y debe asumir la región, y qué liderazgo necesita para tener voz propia e incidencia, pasa por un cambio de enfoque: dejar de vender recursos como si fueran destino y empezar a vender lo que hoy vale más que el mineral: confiabilidad. Trascender el extractivismo para capturar valor agregado y ganar influencia mediante un liderazgo sobrio y verificable es la verdadera oportunidad del continente.

El rol de América Latina no es “extraer más”, sino asegurar suministro y capturar valor. La transición energética y la economía digital con data centers, electrificación, defensa, no son conceptos abstractos. Demandan infraestructura física a gran escala. No existe “la nube” sin hardware, y no hay hardware sin cobre, aluminio, litio, niobio y otros minerales estratégicos. Chile y Perú no solo tienen cobre; poseen la llave de la electrificación global. El Triángulo del Litio (Argentina, Chile, Bolivia) concentra cerca del 60% de las reservas mundiales, con producciones que se expanden para alimentar la revolución de las baterías. Brasil y Colombia no solo poseen niobio; pueden transformarse en proveedores de materiales avanzados. Pero la geología no es el destino, es una herramienta. Si la región se queda en el extractivismo, repetirá la historia de ciclos de bonanza y frustración; si construye capacidades de procesamiento, transmisión eléctrica, puertos, servicios especializados, tecnología minera y formación técnica, podrá integrarse en cadenas de valor y convertir un super ciclo en desarrollo sostenido. El mercado global ya no busca volumen; exige previsibilidad. La capacidad de incidencia de la región dependerá de garantizar cadenas de suministro continuas, trazables y jurídicamente seguras.

Tener voz propia no se logra con retórica, sino con credibilidad macroeconómica y estabilidad. En los mercados, la influencia se refleja en el costo de financiamiento: cuando el riesgo percibido cae, un país negocia; cuando sube, pierde margen de maniobra. La credibilidad de los países tiene una fórmula conocida: disciplina fiscal, moneda respaldada por instituciones sólidas, reglas simples y estables, y un Estado que cumple contratos. Venezuela demostró, de manera empírica, que los recursos sin instituciones solo producen volatilidad y empobrecimiento. El inversor de largo plazo, el que construye minas, redes eléctricas, hoteles o puertos, no pide subsidios; pide certezas. Y esas certezas se multiplican si la región actúa como bloque en lo que importa: estándares de inversión y trazabilidad, infraestructura logística, interconexión energética, homologación de permisos y mercados de capital más profundos. No se trata de un “súper Estado” regional, sino de reducir fricciones y burocracia para negociar acuerdos de suministro, financiamiento e industria complementaria desde una posición de fuerza. Así mismo, hemos entendido que la disciplina fiscal paga, los superávits estabilizan monedas, evitan trampas de deuda y atraen capital paciente, convirtiendo a la región en referencia para otras economías emergentes.

La seguridad ha dejado de ser un tema social para convertirse en una variable financiera crítica. El Salvador ilustra cómo el control territorial y la reducción drástica de la violencia transforman la economía, con un turismo que renace, el costo de logística disminuye y la inversión fluye. Sin seguridad física no hay turismo de alto valor ni inversiones de largo plazo. La paz es, hoy, el activo más rentable. Sin un Estado de derecho efectivo, sectores de alto valor agregado como la tecnología o el turismo premium son inviables.

A ello se suma el bono demográfico de una juventud latinoamericana que, con la formación técnica adecuada, constituye una ventaja competitiva frente al envejecimiento de las economías desarrolladas. Una población joven solo se convierte en motor de crecimiento si se forma para operar y escalar cadenas de valor, y si el marco regulatorio premia la formalidad, el emprendimiento y la movilidad social.

El liderazgo es el punto decisivo, con menos populismo y más gestión. América Latina necesita gobiernos que actúen como gestores de riesgo con visión de largo plazo, capaces de traducir los principios de integridad, vocación de servicio y proactividad en resultados verificables. Integridad significa tolerancia cero a la discrecionalidad, con compras públicas trazables, auditorías con consecuencias, reguladores con criterios claros y estabilidad tributaria y contractual.

Vocación de servicio implica un Estado habilitador, no expansivo: uno que elimine fricciones burocráticas y fortalezca la seguridad jurídica. Ese liderazgo debe proteger los derechos de propiedad y garantizar el cumplimiento de contratos, porque ahí nace el incentivo a innovar y

asumir riesgos productivos. Servir es remover obstáculos regulatorios y administrativos, ejecutar infraestructura crítica mediante concesiones y asociaciones público-privadas bien estructuradas, y sostener un servicio civil meritocrático que no se reinicie con cada elección. La prosperidad no se decreta; se habilita y se mide por productividad.

América Latina puede ocupar un lugar central en el nuevo orden global si entiende que su verdadero diferencial no es solo lo que extrae, sino lo que garantiza: reglas estables, continuidad de suministro y confianza para invertir a largo plazo. En un mundo que compite por metales críticos, energía y capacidad industrial, la región puede ser el socio confiable que sostiene la transición energética y la economía digital, pero capturando más valor a través de cadenas productivas, infraestructura y talento, no únicamente exportando materia prima. La voz propia llegará cuando la oferta regional deje de ser una promesa y se convierta en un estándar de previsibilidad. Para eso se requiere un liderazgo medible y consistente: integridad que reduzca el riesgo, vocación de servicio que convierta burocracia en facilitación, y proactividad que anticipe cuellos de botella, todo respaldado por disciplina fiscal, seguridad y libertad económica. El capital y la oportunidad ya están; falta cerrar la brecha institucional entre potencial y ejecución para consolidar ese valor que no se mina: la credibilidad.